

ENSAYOS

AMÉRICA, NOVELA SIN NOVELISTAS, por *Luis Alberto Sánchez*.

Luis Alberto Sánchez, escritor peruano, viajero, fugitivo y desterrado, ha publicado un libro de sólida intención americana. Un libro que vale mucho como documento literario y que posee, además, la condición sugestionante, del libro hecho entre viajes, en las paradas forzosas del destierro, mientras escapaba a la irritación del gobierno dictatorial de su patria. Sánchez estudia en este libro, como otros viajeros, los accidentes geográficos, el curso de los ríos o las bellezas del paisaje, los instrumentos literarios que le han permitido afirmar desde el título del libro que «América, es una novela sin novelistas».

América, es por cierto, una novela, por lo que todo significa históricamente. Por lo que fué durante la conquista, por lo que encerró en material humano, novelable, durante la Colonia, por lo que suscitó en el período de la emancipación y por lo que ha representado y representa en sus revoluciones y en sus agitaciones políticas. Sánchez realiza un viaje lleno de interés a lo largo de diversas zonas literarias americanas. El viaje es como la dispersión de este viajero, que entra y sale de un país y vuelve a entrar y anota tal o cual detalle de la temperatura intelectual, para regresar de nuevo al punto de partida. No hace Sánchez el itinerario completo, buscando en los nombres originarios de América—salvo algunos pocos—la génesis de la novela, o, mejor que la génesis, los nombres fundamentales que en cada país representan el punto de partida de la novelística. Así, no concede sino escasas líneas a Blest Gana, que es en el siglo XIX una figura máxima de la novela de América. Por lo menos en lo que se refiere a Chile, para historiar el desarrollo de ese género literario es imposible prescindir de Blest Gana. Este reparo no tiene la intención de aminorar la importancia inmensa del trabajo de Sánchez. Igual reparo habría que hacer en lo que se refiere al uruguayo

Acevedo Díaz, cuyo ciclo novelesco, de honda intención romántica, es, sin embargo, el comienzo de la novela en Uruguay. Hasta el momento de la aparición de Acevedo Díaz, puede decirse que en ese país no había nacido el género narrativo; y su ciclo, que va de «Ismael» a «Grito de gloria», pasando por «Nativa» y «Soledad», es la epopeya novelada de la barbarie gauchesca, y de la formación de la nacionalidad uruguaya.

En el fondo, Sánchez considera que América carece de novelistas. Los que han sobrepasado hasta hoy la frontera para ser considerados como los genuinos representantes del género, tampoco alcanzan la autenticidad que el propio Sánchez reclama para el género. Tal vez esto es excesivo. América tiene ya nombres y novelas de primer orden.

La novela americana está en embrión—escribe.—Existe a pesar de que no tiene intérpretes. Nuestra lírica existía, en cambio, falsa e imitadora, exótica en buena cuenta, con muchedumbre de intérpretes, esto es, poetas líricos. Surgió, auténtica, y nuestra, sólo en 1900; recién entonces se reveló su virtualidad, produciendo el modernismo. Ocurre algo semejante con la novela. a habido novelistas americanos que cultivaban una novela extranjera. De ahí la ninguna beligerancia de nuestra novelística, abundante en su número, insignificante en su calidad y beligerancia.

Se puede afirmar que la vida literaria americana, la vida consciente, tiene apenas, medio siglo de existencia. Todos estos países arrojaron sus *élites* intelectuales en la turbulencia de la política. Las malograron para el arte. Por lo menos quisieron hacer de ellas un mixto de política y literatura que no pudo dar el fruto que se esperaba. Sobre este tópico se ha escrito mucho aquí y en los demás países de América. Porque en todos los países el fenómeno fué más o menos parecido. Sánchez carga, además, a la cuenta de la Colonia, la ausencia de novela. La novela, que es el equivalente literario a la política en lo social, según expresa, ha tardado en aparecer en América por falta de entrenamiento crítico anterior, además de otras causas, entre las cuales figura la violenta castración espiritual impuesta por las Leyes de Indias, que prohibieron

la entrada de las obras de imaginación. La imaginación existía en cada conquistador, pero sólo en el hecho. No necesitaban inventar o forjar mundos irreales, puesto que su vida era acción permanente y conquista de fantásticos vellocinos. De esta suerte, el lenguaje era simple y escueto.

Pedro Henríquez Ureña, de entre los mejores de los ensayistas americanos, traza una trayectoria de nítida actitud para la obra literaria, mejor, para la novela. Es la peripecia más cercana de la realización. El escritor encuentra primero la naturaleza. «La literatura descriptiva habrá de ser durante largo tiempo la voz del Nuevo Mundo». A esta naturaleza se agrega el habitante primitivo, el indio. El indigenismo florece cada cierto tiempo en la literatura americana; deja de ser tópico, desaparece y nuevos elementos lo recogen para incorporarlo a la literatura. Después de Ercilla, Cieza de León, Bartolomé Las Casas, etc., encontramos, al cabo de siglos, los brotes en las literaturas de hoy, del Perú, Bolivia y Ecuador y aun Colombia. Es la pasión por el denominado indigenismo. Del indio la literatura cae en el criollo. El criollo sostiene casi toda la obra literaria de América, en sus matices populares, urbanos y campesinos. Para Henríquez Ureña, como para Sánchez, en este interesantísimo libro, existe otro americanismo, el que ciñe al Nuevo Mundo, en los temas de auténtica expresión americana, así en la poesía como en el drama, y la novela, así en la crítica, como en la historia.

Dice Sánchez en su última página de su libro, tan pleno de sugerencias:

«América, novela sin novelistas», se presenta recién en la literatura universal. Lejanos precursores como la «María» de Jorge Isaacs, anunciaban esta aurora. Algún significado tiene el premio a Sinclair Lewis, expresión cabal de lo yanqui. Alguno tendrá la admiración unánime hacia «Don Segundo Sombra». Tal vez una característica esencial de los tiempos nuevos sea el abandono del prejuicio occidental. La experiencia económica de un lado y la artística de otro lado, conducen inevitablemente a abrir, de veras, campo a toda inquietud auténtica. El meteco no es ya el extranjero, sino el que extranjeriza su ambiente y quiere convertir en ajena su propia personalidad. Una vez más se cumple el ya viejo precepto de escribir con sangre propia. Y sangre es la tierra, el cielo, el hombre de nuestra visión

diaria. O acaso sólo el hombre a través del cual se nos aparece, la misma o varia, la naturaleza entera. Y el hombre americano es una incógnita y un mundo nuevo por revelarse y que se revelará plenamente cuando aparezcan los novelistas que lo interpreten y lo descubran.

Dije que este libro era un itinerario a través del paisaje novelístico de diversos países americanos. Sánchez los ha recorrido con presteza, insinuando una serie de problemas interesantes, al pasar, con la prisa del viajero que debe atravesar fronteras para buscar climas más propicios o gentes más hospitalarias. Con todo, es un panorama que habrá de servir grandemente a los nuevos viajeros que se aprestan para realizar un itinerario parecido al del autor de «América, novela sin novelistas».

El tema del nacimiento y desarrollo de la novela en América, es un tema vastísimo. Tiene también algo de la profundidad de la selva y la extensión llana de sus desiertos. Puede ocurrir que no se alcance a abarcar el horizonte, que los más dotados permanezcan en la penumbra, y que temperamentos superficiales alcancen un relieve que sólo estas llanadas inmensas y estas selvas arbitrarias, suelen dar a elementos sin calidad alguna de fuerza. Sánchez coloca entre las novelas típicas de América, las que ya la crítica ha designado como tales. Sánchez agrega algunas otras. Pero es ya un lugar común citar a Rivera y «La Vorágine», a Guiraldes y «Don Segundo Sombra», a Azuela y «Los de Abajo», a Rómulo Gallegos y «Doña Bárbara», Novelas de típica envergadura; Del Ecuador, cita Sánchez «Cumandá»; de Cuba, «Juan Criollo»; de Chile, «El Roto», «Zurzulita», «Un Perdido»; del Perú, «El Pueblo sin Dios» y «Tungsteno»; de Nicaragua, «Sangre en el Trópico». No me parecen estas últimas, del Perú y Nicaragua, tan reveladoras de una calidad superior como para citarlas en comunidad con las otras. No hay, además, en el libro, una sola referencia a la novela brasileña, a la que no es posible dejar de anotar en su evolución, y en su interés humano. Si se tratara de oponer como diferenciación, entre esta novela y las del resto de América, a causa del idioma, habría que excluir las novelas norteamericanas, que Sánchez cita

con delectación, no porque no merezcan esa cita, sino porque el idioma es otro, y la novela yanqui parece y es antípoda de la novela sudamericana.

El penetrante crítico peruano encuentra en la novela de América el localismo como expresión más profunda de su naturaleza. Es evidente que el localismo es su esencia y su decoración. Cuando a ello se agrega el estilo, o sea, la personalidad y luego el tema, y con el tema el hervor humano, la novela entera salta por encima de la frontera para alcanzar intención ecuménica. Esta es la característica de las novelas americanas citadas más arriba, y que han recorrido todos los países del continente y aun algunos de Europa, en donde han sido traducidas. Representan la vida americana en sus formas más diversas. El sentimiento o la reacción de los hombres americanos ante la vida o ante las violencias de la naturaleza. Por eso Sánchez considera que ya los personajes pintados en estos libros se han incorporado a la literatura universal. Por de pronto creo que sólo a la literatura de estos países y a la de España. En otros pueblos de Europa, la resistencia al arte americano todavía es fuerte.

Por la región—escribe Sánchez, y creo de interés reproducir el párrafo entero— indudablemente, se va al arte universal. La novela americana cada día adquiere más neta personalidad. Los faldellines indígenas, puro disfraz, carnaval literario, desaparecen para ser usados sólo cuando es indispensable. «Los Montoneros del Terruño», de Reyles; «Los Gauchos», de Guiraldes y Quiroga; «Los Porteños», de Cancela; «Los Caucheros», de Rivera; «Los Zambos», de Díez Canseco; «Los Indios», de Falcón; «Los Chivos», de Valdelomar; «Los Rotos», de Edwards Bello, Latorre y Barrios; «Los Huasos», de Maluenda; «Los Pelados», de Azuela; «Los Financieros», de Dreisser y Leis; «Los Negros», de Franck y la Beecher Wtowe, tan distintos a los de López Albuja; «Los Revolucionarios y Burocratas», de Fombona y Díaz Rodríguez; «Los Llaneros», de Gallegos; «Los Colonialistas» de Jenaro Estrada; «Los Amantes», de Isaac; «Los Montoneros», de Robleto; «Los Goajiros», de Loveira; «Los Montuvios», de Pareka, ingresan a la literatura universal con los mismos atributos que los «Mujicks, de Tolstoy; «Los Vagabundos» de Gorki; «Los Camaradas Proletarios» de Gladkow; «Los Irlandeses», de Joyce; «Los Burgueses», de Prousts; «Los Carlistas», de Valle Inclán, etc.

Todo eso está muy bien, pero hay algunas exageraciones. Puede aquí repetirse, una vez más, aquello de que: no son todos los que están, ni están todos los que son. Algunas de las omisiones, sin duda involuntarias de Sánchez, y fruto más que nada de la dificultad que en América existe para procurarse las obras de los escritores, las he señalado en estas notas. Muchos nombres faltan en la ya larga lista de novelistas de América. Es decir, de una América sin novelistas. Los materiales acumulados por Sánchez, las agudas observaciones de que está sembrado el libro, y la serie de sugerencias inesperadas, que su análisis abre en la perspectiva de la novela americana, colocan a este libro entre los más interesantes que se han publicado en el último tiempo.—*Marco*.

BIOGRAFIA

CICERÓN, por don *Alejandro Vicuña*. (1)

A estas alturas hablar de Cicerón resulta algo anacrónico, porque este gran orador latino ha sido lo suficientemente estudiado en obras magistrales y su figura es de aquellas que la historia ya ha sepultado con los altos honores que su rango merece. Se creería, además, que quien se ocupa ahora de él, lo hace con el ánimo de substraerse de los urgentes problemas que inquietan al mundo contemporáneo. Pero el que haya leído la biografía de este orador escrita por don Alejandro Vicuña, pensará que si este ilustre clérigo—espíritu alerta de todos los movimientos políticos y sociales de la época—ha buceado en la vida de Cicerón, lo ha hecho para extraer de ella todo lo que hay de imperecedero y trascendental con ánimo de historiador que relata, de novelista que entretiene y de maestro que deduce enseñanzas.

De ahí que en esta biografía encontremos tres aspectos diferentes y que desde sus respectivos puntos de vista tienen

(1) Editorial Nascimento.—Santiago—1933.